Published in *El universitario europeo*, 7.19 (1997), supplement *El cuaderno*, 32.

Don Quijote y los libros de caballerías

Daniel Eisenberg

Cervantes comenta muchas veces su propósito al componer *Don Quijote*. Nos dice al principio, al final, y repetidas veces durante su texto que quiso acabar con la máquina mal fundada de los libros de caballerías. Ahora se ha documentado una nueva popularidad de dichas novelas exactamente al momento en que comenzó la redacción de su obra.

Los libros de caballerías—éste es el termino que Cervantes y sus contemporáneos usaban siempre—eran un tipo de novela primitiva. Con el pretexto de ser obras históricas, presentaban las aventuras de un hijo de rey, que solía no saber quién fue su padre. Después de una juventud llena de glorias militares y amorosas, llegaría a tomar posesión de su estado. Durante el siglo XVI, aprovechándose de las posibilidades y economías que ofrecía la nueva industria de la imprenta, alcanzaron estos libros una popularidad en España que no consiguieron en ningún otro país. Hasta el rey Carlos V era aficionado a ellos.

Estos larguísimos libros, lejos de ser estudiados a fondo, ofendían a Cervantes por varios motivos. Que eran literariamente deficientes, mal estructurados y sin excelencias lingüísticas, era lo de menos. Raramente trataban de héroes verdaderos, sino inventados. Engañaron activamente a los lectores. Ya que tuvieron su origen en la "materia de Francia" y la "de Bretaña" medievales, y más tarde influidos por Ariosto, la imagen que ofrecían de España y de su heroísmo era o inexistente o negativa.

Distraían a los lectores de los verdaderos héroes españoles, como Bernardo del Carpio (en el siglo XVI el arquetipo del héroe español), El Cid o don Juan de Austria. Glorificaron al aventurero independiente, autocontrolado, sin enlace con los disciplinados militares que